

Milagros (teología)

«Mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado» (1 Co, 1, 22-23). Tal vez san Pablo, a los que piden milagros, les respondería también hoy que el «milagro» es que Dios nos ame de manera inimaginable, hasta darnos a su Hijo que, a su vez, nos ama con el amor más grande, dando la vida por nosotros: ¡es el Crucificado!

Normalmente se entiende por milagro un fenómeno o un hecho extraordinario que suscita maravilla, que nos deja boquiabiertos, como los prodigios realizados por Moisés en Egipto. O bien uno se refiere a una alteración del orden natural, a la suspensión de las leyes de la creación. El milagro se presenta como un acontecimiento extraordinario cuyas causas ignoramos.

Pero también podríamos preguntarnos si realmente lo que parece ir en contra del curso normal de la naturaleza se nos presenta así porque aún no conocemos profundamente las leyes. Lo que hoy nos parece «milagroso» ¿no podría resultar «natural» mañana, con los nuevos descubrimientos de la ciencia?

El milagro es más bien una intervención especial de Dios en nuestra historia, en nuestra vida, una manifestación de su poder, un signo de su cercanía, de su compasión.

Cuando Jesús curaba a un enfermo, su gesto indicaba que él había venido para llevar a la persona a su altura y a su belleza originaria, trastocada por el pecado. Cuando calmaba la tempestad lo hacía para que creyésemos que todo había sido creado por medio de él y que la naturaleza está en sus manos. Cuando expulsaba a los demonios era para mostrarnos que no estamos a merced de fuerzas hostiles y desconocidas, pues nos ha liberado del mal. Cuando transformaba el agua en vino o multiplicaba los panes, era para hacernos comprender que con él nacía un mundo nuevo en el que abundaría su amor. El milagro es una especie de invitación a mirar a lo alto, a reconocer la grandeza de Dios y su benevolencia con nosotros, a tener esperanza, con fe inquebrantable, en que él vence todo mal, todo pecado, incluso la muerte. En su sobreabundancia. Dios concede también a los demás obrar cosas grandes en su nombre, primero a María, que ya en Cana «obliga» a Jesús a realizar el primer milagro.

Los milagros reconocidos en Lourdes son pocos en realidad. ¿Por qué sólo unas pocas personas se han curado y no todas las que acuden a la Gruta? Porque basta un signo para recordarnos que el amor de Dios y de su Madre nos abraza a todos. El milagro de uno hace comprender que el nuevo mundo, el del cielo, ha irrumpido ya en la tierra.

Milagros de Lourdes

Desde el tiempo de las apariciones tienen lugar curaciones de forma regular, hasta el punto de que Lourdes se ha convertido en sinónimo de «milagro». Contrariamente a lo que se suele creer, un milagro no es sólo un hecho sensacional o increíble, sino que debe comportar una dimensión espiritual. Hay dos aspectos relevantes en un acta de curación:

1. *El hecho anormal*, es decir, el fenómeno en sí mismo, que se caracteriza por ser completamente inesperado en relación con las previsiones médicas habituales.
2. *El signo*, que invita a creer en la intervención especial de Dios por intercesión de Nuestra Señora de Lourdes (por lo que respecta a las curaciones de Lourdes).

Ante una curación sorprendente, es indispensable considerar ambos enfoques de una misma y única realidad, diferenciándolos pero sin separarlos, lo que lleva a una investigación conjunta a dos bandas, una específicamente médica y otra pastoral, eclesial.

En efecto, una curación no puede ser reconocida como milagrosa si no cumple *dos condiciones*:

1. que escape a las leyes naturales conocidas de la enfermedad en cuestión;
2. que lleve al beneficiario y a los testigos a reconocer un sentido espiritual en ese acontecimiento.

Se trata de realizar un discernimiento en dos niveles:

1. un nivel *científico*, médico, en que el médico, como persona de ciencia y de arte, ejerce su oficio con todo el rigor posible según su formación y experiencia;
2. un nivel *espiritual*, que debe ser respetado como tal, pues se sitúa en el orden de la fe, y que el examen científico no puede alegar ni ocultar.

Por la tanto, resulta indispensable un diálogo entre ciencia médica e Iglesia, que siempre ha habido en Lourdes gracias a la presencia permanente de un médico en la oficina médica del Santuario, cuya función es recibir las declaraciones de curación y poner en marcha el estudio de verificación exigido por la Iglesia para que un milagro sea reconocido.

El papel de los médicos ante una curación de Lourdes es, naturalmente, certificar que esa curación ha ocurrido, primer paso no siempre fácil; pero también hacer un seguimiento de la vida del paciente sanado, que ve en su curación una actuación de Dios que no olvidará nunca. La Iglesia es la encargada de discernir esta experiencia única y de juzgar sus frutos espirituales.

En 150 años sólo se han reconocido 67 milagros de más de 7.200 curaciones declaradas en los archivos de la oficina médica.